



José de Benito



Dos de mayo

De Estampas de España e Indias



Madrid, 1808

Goyesca

Un viejo grabado de la época, que representa el rapto de los infantes españoles del palacio de Oriente por las tropas francesas el día 2 de mayo de 1808, titulado *Provocan los franceses la ira del pueblo* y en que se ve a los dragones y granaderos napoleónicos ametrallar a los madrileños que protestan al ver que se les llevan a «sus príncipes», es siempre el recuerdo primero que en esta fecha viene a mi memoria. Allí comenzó la epopeya de una guerra de independencia y la sangre vertida ante la fachada del palacio, corrió por las calles de la Villa y Corte durante todo el día hasta encharcar tiñendo de rojo la tierra de la colina de Príncipe Pío, que había de inmortalizar con su pincel el

maestro, don Francisco de Goya, en uno de los más rudos lienzos salidos del alma ciclópea del genio aragonés: *Los fusilamientos del dos de mayo*.

Caracoleaba con prestancia de conquistador, entre sus guardaespaldas, montado en brillante potro azabachero, el serenísimo señor Príncipe de Murat, al enfilear el Real de San Jerónimo. Los buenos madrileños, lívidos de coraje y de impotencia ante el lujoso aparato de fuerzas que el futuro rey de Nápoles, cuñado del gran Corso, había desplegado, miraban con ojos encendidos la brillante comitiva del invasor, en contenidos deseos homicidas. Nadie había pensado en almorzar, a pesar de haber sonado hacía rato las tres de la tarde. Descalzo y desgredado un mozalbete que apenas contaría los diez -138- años, dio el grito de combate: «¡Acaban de llevarse a los príncipes!». Los buenos madrileños se quedaron por un momento atónitos. Con su barril al hombro, un aguador escupió a la cara del serenísimo señor: «¡Muera el francés!». La primera descarga de fusilería aplastó contra el suelo al desdichado, mezclándose en la tierra el agua y la sangre que por diversos caños salía del cuerpo y del barrilillo agujereados por las mismas balas. De los pechos unánimes de los testigos de aquel crimen estúpido salió un rugido que decía: «¡Asesinos!». Y segundos después, locos de dolor y de ira, convertidos en fieras, hacían huir hacia el cuartel, en busca de refuerzos, al señor Príncipe de Murat y a sus escoltas, y ya dueños del campo, se lanzaban camino de la plaza de Oriente, dispuestos a dejarse matar antes de que salieran de la ciudad los infantes que el francés raptaba.

En la calle del Ave María, en la Cruz Verde, en Fuencarral, en la Puerta del Sol, en la plaza Mayor, grupos de patriotas daban la voz de alarma y espontáneos agentes de enlace llevaban las noticias de club en club y de café en café. Cada balcón, cada ventana, cada buhardilla era una atalaya desde la que se avizoraba el paso de las fuerzas invasoras para dejar tendidos de certero disparo de pistola o trabuco a veteranos de las campañas de Italia o de Egipto, que no lograban comprender lo que ocurría. ¡Cómo era posible que un pueblo chirigotero y alegre no se sintiese orgulloso de verles a ellos pasear por calles, plazas y plazuelas el águila triunfante del emperador! Compactas patrullas de granaderos iniciaron el registro sistemático de las casas. Donde

eran recibidos con hostilidad, descargas a quemarropa reducían a silencio a los protestantes. Donde, sin resistencia, pero con cara inamistosa, los vecinos salían a engrosar los grupos de detenidos que se conducían al cuartel inmediato. Madrid luchaba enconadamente contra el vencedor de Europa. En el Parque de Artillería, un oficial, al mando de unos cuantos patriotas, vendía cara su vida, que se escapaba de múltiples heridas, con la energía indómita de quien entraba con su gesto por la -139- gran puerta de la Historia. Dos renqueantes cañones vomitaban metralla contra las mejores tropas del gran Napoleón, que mordían el polvo madrileño en una crispación de colosos vencidos.

Se ponía el sol tras las cumbres alejadas del Guadarrama. Por entre las crestas de Siete Picos, los últimos rayos proyectaban reflejos áureos y rojizos sobre los grises perlados del cielo de la Casa de Campo y el Campo del Moro. El estado mayor de los invasores circulaba a toda prisa las órdenes de represión. Las ejecuciones de los prisioneros se celebrarían en la Moncloa, en las praderas del Corregidor y San Isidro, en San Antonio de la Florida, en la Casa de Campo y en el patio de pelota del Palacio del Buen Retiro.

Menestrales, obreros, sacerdotes, ancianos, mujeres y niños, rodeados de soldados franceses, sobre cuyos altos gorros sobresalían brillantes bayonetas, eran arrastrados en interminables cuerdas hacia los lugares designados para el suplicio. El llanto de los niños se unía a las preces de los sacerdotes. A lo lejos sonaban disparos aislados y descargas que decían a los presos su muerte inmediata.

Con los puños crispados y lágrimas amargas presenciaba el horrendo espectáculo de los asesinatos, un fuerte anciano, como de sesenta años. Para cortar los gritos que subían a su garganta, aprisionaba los labios entre sus dientes. Un hilillo de sangre generosa manchaba su mentón acusado. Cada detalle se le clavaba en la retina hasta hacerle asomar nuevas lágrimas. En aquellos instantes se plasmaba para la eternidad en el alma de Goya el contraste violento, dramático y feroz que su paleta mágica devolvería un día para el arte con su lienzo inmortal de los fusilamientos de patriotas en el

pequeño cementerio de la falda de la montaña del Príncipe Pío, donde hasta ese 2 de mayo habían recibido sepultura los empleados del Real Sitio de la Florida.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

